

**Inteligencia y “acción psicológica” en la guerra de Malvinas. La mirada de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires sobre las actitudes sociales frente al conflicto**

Andrea Belén Rodríguez  
IPEHCS (Conicet-UNCO)- Cehepyc (Fahu-UNCO)- UNS

**1. Introducción**

El desembarco en las islas Malvinas el 2 de abril de 1982 fue una estrategia de la última dictadura militar con el objeto de recuperar el archipiélago largamente reclamado y, por el mismo golpe de mano, recobrar la legitimidad perdida, en un contexto de profunda crisis del régimen. Por ende, la relación entre la sociedad y el conflicto, y en particular el amplísimo respaldo social al desembarco, ha sido uno de los interrogantes centrales a la hora de pensar la guerra de Malvinas -aunque, al mismo tiempo, ha sido escasamente abordado en profundidad-. A diferencia de los estudios que se han centrado en el análisis de las actitudes sociales de diversos actores frente al conflicto<sup>1</sup>, en el presente trabajo invierto la mirada para abordar cómo y con qué objetivos fueron relevados, leídos e interpretados esos comportamientos sociales por parte del régimen, específicamente por uno de sus servicios de inteligencia: la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA).<sup>2</sup>

Durante el conflicto, los agentes de la DIPPBA realizaron un seguimiento del estado de la opinión pública frente al desembarco y durante la guerra en las distintas localidades de provincia de Buenos Aires, cuyos resultados fueron insumo para los informes generales que realizaba el Jefe de la central de inteligencia para ser elevados a la “comunidad informativa”. Como indican Sahade, Jaschek y Lanteri (2021:6), la información provenía de investigaciones realizadas por medios “orgánicos”

---

<sup>1</sup> Para un estado de la cuestión al respecto, ver: Rodríguez, 2021.

<sup>2</sup> La DIPPBA operó entre 1956 y 1998 con el objeto de perseguir, espiar, registrar y analizar información para la persecución política e ideológica. En la última dictadura, la central de inteligencia formó parte de la “comunidad informativa” controlada por las FF.AA., que fue una instancia de articulación entre los distintos servicios de inteligencia de las fuerzas de seguridad y armadas para el intercambio de información, y coordinación de acciones. La Dirección Central de la DIPPBA se encontraba en La Plata “desde dónde articulaba de forma orgánica y funcional con las delegaciones, muchas de las cuales funcionaban en las cabeceras de las Unidades Regionales. (...) Periódicamente y de manera rutinaria cada Delegación de Inteligencia reunía información sobre personas, partidos políticos, sindicatos y acontecimientos de la localidad o región bajo su órbita, y la remitía a la Dirección Central donde era analizada, evaluada e incorporada al Archivo” (Sahade, Jaschek, y Lanteri, 2021:5). Asimismo, los agentes también realizaban informes de análisis poblacionales, del territorio y estados de opinión pública, que parecían exceder su función específica.

(delegaciones, comisarias, subcomisarias) y “no orgánicos” (colaboradores o confidentes, informantes y contactos). En esos informes, el Jefe y/o los agentes se preocupaban no solo por relevar y describir los distintos comportamientos sociales, sino también en ocasiones buscaban explicarlos, evaluaban cómo continuarían (en función de situaciones hipotéticas), y realizaban sugerencias a futuro.

En el presente trabajo, entonces, me propongo dos objetivos. En primer lugar, identificar los actores y dimensiones que los agentes de la DIPPBA relevaban en su “trabajo de campo” diario, de cara a comprender cuáles eran las preocupaciones del régimen en cuanto a política interna tras el panorama abierto el 2 de abril. Para ello, haré foco en las circulares de inteligencia que detallaban los objetivos que se debían informar. Por ende, partiendo de la historiografía de la guerra de Malvinas, el trabajo también se propone ser un aporte incipiente al campo de investigaciones sobre los organismos de inteligencia, en particular sus objetivos y representaciones.<sup>3</sup>

En segundo lugar, el artículo busca analizar las descripciones e interpretaciones de los agentes y/o el Director de la central sobre las actitudes sociales frente al desembarco, y la guerra, y las proyecciones y sugerencias que realizaban. Al analizar los documentos, una cuestión clave que salta a la vista es el rol central que los agentes le otorgaban a la “acción psicológica”, es decir aquella estrategia castrense que fue implementada como un plan sistemático a nivel nacional y “estuvo orientada a regular las conductas de la ciudadanía, inculcar valores y estimular la adhesión y participación dentro de los objetivos del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional” (Risler, 2018:12). Desde la perspectiva de los informantes, la acción psicológica era la clave para explicar los comportamientos sociales, para sus proyecciones, y de hecho proponían recomendaciones sobre las medidas en ese sentido que el régimen debía poner en práctica en el futuro inmediato de cara a ampliar o mantener el consenso social durante el conflicto, o revertir la crisis de legitimidad tras la derrota.

En tal sentido, las fuentes me llevaron a pensar el rol de estos informes para el circuito de la “estrategia psicosocial”, que comenzaba con la obtención de información sobre el comportamiento de la ciudadanía y de los medios de comunicación (mediante los organismos de inteligencia), el análisis de dicha información, y terminaba con la elaboración de las pautas y acciones de operaciones psicológicas y comunicación social (Risler, 2018: 280). Junto a las encuestas y sondeos de opinión, los informes de la DIPPBA fueron una de las formas en que el régimen recabó información sobre las actitudes sociales frente a las distintas coyunturas del conflicto, insumos que serían fundamentales para organizar, y/o modificar las campañas de acción psicológica

---

<sup>3</sup> Sobre este campo de estudios, ver: Muzzopappa y Nazar, 2021.

desplegadas durante el mismo. Así, el trabajo también pretende ser un aporte a los estudios que analizan la dimensión productiva de la última dictadura militar, es decir aquellas acciones y estrategias que el gobierno de facto desplegó de cara a construir y/o ampliar su legitimidad y el consenso social (y que se articuló con la faz represiva).<sup>4</sup> Como indiqué previamente, las fuentes del artículo son las circulares e informes de la DIPPBA producidos durante el conflicto. Asimismo, como –desde la perspectiva de los agentes- la “acción psicológica” era uno de los factores claves para explicar el estado de la opinión pública frente al conflicto, y por ende evaluaban la misma y proponían cambios cuando lo consideraban necesario, el trabajo también se basa en forma complementaria en el informe sobre la Acción Psicológica (AP en términos castrenses) realizado por la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur (CAERCAS) en 1983, e incluido en los anexos del denominado “Informe Rattenbach” (Tomos IX y X).

Finalmente, el artículo se organiza en dos apartados que proponen un análisis diacrónico de la perspectiva de la DIPPBA sobre las actitudes sociales en función de los hitos claves del conflicto. En el primero, me centro en las directivas e informes que abordan los comportamientos sociales inmediatos frente al desembarco. Y en el segundo, hago foco en aquellos que analizan las actitudes sociales desde fines de abril cuando la guerra se volvió una realidad y durante el mes de mayo (no hay informes de junio antes de la derrota).

## **2. Entre el desembarco, las negociaciones y la guerra**

Tres días después del desembarco, el 5 de abril, las distintas delegaciones de la DIPPBA comenzaron a realizar relevamientos sobre el impacto de la noticia en las localidades de la provincia de Buenos Aires. El continuo pedido de información, las marchas y contramarchas en las directivas, demuestran que la toma de las islas también encontró desprevenidos a los servicios de inteligencia, que debieron organizarse rápidamente. De hecho, recién el 3 de abril comenzó a organizarse la “acción psicológica” (quedando a cargo del Estado Mayor Conjunto) porque en el plan de operaciones no se había previsto esa dimensión, y los responsables de esa área no fueron avisados con el tiempo suficiente para poder planificar alguna pauta antes del desembarco (CAERCAS- Anexos, 1983:1796). Eso hizo que la “acción psicológica” y,

---

<sup>4</sup> Algunos estudios al respecto son: Divinzenso, 2017; Lvovich, 2020; Risler, 2018, Risler y Schenquer, 2018.

por ende, la inteligencia sobre la que se basaba la misma, debiera organizarse – o improvisarse- sobre la marcha, lo que le restó eficacia e iniciativa.<sup>5</sup>

Esa situación aparece claramente en los continuos cambios, ampliaciones y rectificaciones de las circulares de la jefatura de la DIPPBA sobre los aspectos a informar por parte de las distintas delegaciones. El escueto telegrama del 5 de abril que solicitaba información urgente sobre “opiniones, estados de ánimo, movilizaciones, etc., de los distintos sectores de la población respecto de hecho recuperación Islas Malvinas” (T. 7, p. 29), cinco días más tarde era reemplazado por un pedido más detallado, en el que se indicaba cuáles eran los “factores” a relevar (“políticos, educacionales, gremiales, sociales y económicos”) y sobre todo los objetivos que se perseguían con dicho seguimiento. En una coyuntura en la que la flota británica ya estaba navegando hacia el Atlántico Sur, que la ONU había instado a Argentina a retirar las tropas y que las negociaciones diplomáticas estaban sucediéndose, la Dirección aclaraba que:

La Reunión de Información estará basada particularizándose en cada uno de los factores, previniendo el incremento de los picos de tensión, una vez que el proceso pudiera entrar en una etapa de seguración respecto a nuestra soberanía.

Acerca de esta situación se observará siempre las diferentes hipótesis que pudieran suscitarse como por ejemplo si se originan batallas, y por ende una probable guerra, si se logra la apaciguación a través de vías diplomáticas ya que cada una de estas partes producirán diferentes desarreglos económicos que incidirán en los sectores socioeconómicos afectando el componente sicosocial en su totalidad (10/04/1982, T.7, p. 39).

---

<sup>5</sup> Durante la dictadura, “la expansión de la *estrategia psicosocial* se consolidó a través de la organización de una estructura orgánica (formada por la Secretaría de Información Pública –SIP- y la Subsecretaría del Interior), que respondió a un órgano central (el Poder Ejecutivo Nacional y la Junta Militar) y se apoyó en la actividad de inteligencia (a cargo de la Secretaría de Inteligencia del Estado, y de distintos órganos de inteligencia del Ejército)...” (Risler, 2018:280). Sin embargo, su accionar estuvo plagado de dificultades por la superposición de funciones en distintas áreas y fuerzas y el poco personal, el no disponer de pautas unificadas y claras, etc. Si ya se arrastraban problemas previamente, para colmo frente al conflicto el Comité Militar optó por dejar a cargo de la “acción psicológica” al Estado Mayor Conjunto (EMC), que no tenía experiencia al respecto -solo se había hecho cargo en momentos puntuales como frente al conflicto del Beagle, (Risler y Schenquer, 2019)-, aunque contó con el apoyo de la SIP. La ausencia de una cadena de mandos clara, el no respeto de la autoridad del EMC y de las pautas indicadas, la multiplicación de funciones por parte de distintos áreas con propias lógicas, la urgencia de una tarea que no había sido prevista –que a su vez era enorme-, sumado a una estructura que debió montarse sobre la marcha con poco personal y recursos, la poca experiencia en “acción psicológica” en una “guerra convencional” (frente a un enemigo con amplísima experiencia), son algunos de los factores clave que CAERCAS identifica para explicar los errores, improvisaciones y deficiencias que caracterizó a la misma. A ello hay que sumar la falta de escrúpulos de algunos militares, responsables de acciones poco éticas y hasta delictivas que se produjeron en el conflicto.

El 12 de abril, dos días después, el Jefe de la central fundamentaba aún más los objetivos de esas directivas que demandaban “auscultar en forma permanente los distintos sectores de su jurisdicción y muy particularmente la opinión del hombre de la calle”:

En síntesis, es necesario conocer cuál será el parecer y proceder de las organizaciones con incidencia en el medio poblacional, una vez superada la actual coyuntura y vuelvan a tomar vigencia los problemas que se han venido discutiendo inmediatamente antes de la recuperación de nuestro territorio nacional (T.7, p.13).

En estos pedidos de información se puede identificar cuáles eran las preocupaciones del régimen militar respecto al impacto del devenir del conflicto en la política interna. Si bien -como demostró Risler (2018)- la dictadura militar siempre se preocupó por la construcción del consenso, y por ende el interés sobre cómo incidían determinados acontecimientos a nivel interno fue una constante a lo largo del régimen; el relevamiento de información específica sobre el impacto de la toma de las islas en la conflictividad interna y la proyección sobre qué ocurriría si se desataba una guerra o si el diferendo se solucionaba mediante negociaciones diplomáticas, da cuenta que en esta coyuntura particular las autoridades castrenses estaban preocupadas por cómo resolver la caja de Pandora que habían abierto el 2 de abril.

Es decir, si el desembarco en las islas había significado un respiro en la profunda deslegitimación social del régimen, ¿de ir a una guerra o a una negociación esa “tregua” continuaría? ¿Qué margen político tenía la Junta Militar para resolver el conflicto diplomático abierto con el desembarco tras la masiva movilización social? Lo interesante aquí es que mientras los actores que se habían opuesto o distanciado de la dictadura se preocupaban por diferenciar la guerra de la política interna para explicar su apoyo a la toma del archipiélago (Guber, 2004; Lorenz, 2012), para la dictadura no cabían tales distinciones: desde la perspectiva del régimen, era evidente que la suerte del “PRN” estaba atada al desenlace del diferendo diplomático y a la posibilidad de extender la legitimación social lo más posible. Por ende, la información recabada por la DIPPBA y los distintos servicios de inteligencia eran insumos fundamentales para evaluar la eficacia de la “acción psicológica”, cambiar el rumbo de la misma de ser necesario, y, en definitiva, evaluar cómo resolver el conflicto de cara al impacto en la continuidad del régimen.

Finalmente, el 28 de abril (tras la toma británica de las islas Georgias) una nueva circular ampliaba el pedido de información, abarcando el impacto del conflicto en la vida

cotidiana de los bonaerenses, así como especificaba los ámbitos y actores que había que relevar:

- 1- Factor anímico de la población (familiares de soldados y oficiales, etc.)
- 2-Expresiones de las diversas colectividades extranjeras. (...)
- 3-En el orden religioso, sermones, homilías y otras manifestaciones.
- 4-Acopios de alimentos y otros elementos por parte de la población. (...)
- 5-La actitud general respecto a las expectativas económicas haciendo expresa referencia al movimiento de fondos por parte de los ahorristas (...) (T.7, p.12).

¿Cómo el Director General y los agentes de la DIPPBA describieron, explicaron e interpretaron las actitudes sociales frente al desembarco primero, y la guerra después?  
¿Qué proyecciones y sugerencias realizaron en función del devenir del conflicto?

Para abordar estos interrogantes, utilizaremos los informes de inteligencia realizados por los agentes de cada una de las jurisdicciones y aquellos informes síntesis de la provincia que fueron elaborados por el Jefe de la central para ser elevados al Secretario de Inteligencia de la provincia de Buenos Aires. En el caso de los primeros, dado que se trataba de agentes asentados en distintas localidades, sus perspectivas tenían puntos en común pero también diferencias. En el análisis priorizaremos aquellas coincidencias para reconstruir la mirada general de la DIPPBA, y cuando sea necesario señalaremos las disidencias.

En las respuestas rápidas que los agentes dieron a aquel requerimiento de información del 5 de abril, todos ellos destacaban el amplísimo apoyo social que había cosechado el desembarco, un acontecimiento que había tomado por sorpresa a los bonaerenses pero que, así y todo, lo habían vivido con “júbilo”, “beneplácito y asombro”, expresando una “adhesión total y unánime” (T. 7, pp. 22-41). En Bahía Blanca, por ejemplo, el agente resaltaba que se habían producido movilizaciones, embanderado los edificios, distintas entidades habían publicado comunicados respaldando el conflicto, en fin, “el estado anímico de la población (...) es excelente” (T. 7, p. 24).

Sin embargo, ese clima de furor patriótico parecía haberse modificado 5 días después, desde la perspectiva de la DIPPBA. El mismo día que el mediador norteamericano Haig era recibido por una amplísima movilización social en Plaza de Mayo, el Director General de la DIPPBA presentaba el primer informe con el asunto “Motivación de los habitantes de la Provincia de Buenos Aires ante lo sucesos acaecidos en las islas Malvinas. Sus derivaciones” (10/04/1982, T. 7, pp.15-20). Allí sostenía que la euforia inicial se había moderado cuando “la posibilidad de un enfrentamiento armado tomó cuerpo, juntamente con el debilitamiento de la posición argentina ante la Resolución desfavorable en el

Consejo de Naciones Unidas, la falta de apoyo de EE.UU. y la orden de partida de la flota británica, hacia la zona de litigio”. Sin embargo, afirmaba que a pesar de este estado de preocupación, la sociedad abrigaba “un sentimiento inequívoco de satisfacción por el hecho concretado y la opinión generalizada es que el Gobierno Nacional no puede retroceder en la decisión ya adoptada.” Además, las noticias posteriores sobre el apoyo de los países latinoamericanos habrían hecho recobrar la confianza a la población.

Asimismo, el Jefe de la central de inteligencia se explayaba en las variables que, desde su perspectiva, habían contribuido al “estado de inquietud” por el impacto de las noticias desfavorables. Y señalaba dos factores: 1- la nula experiencia en materia de “guerras convencionales” de la sociedad argentina; 2- la “acción psicológica” del enemigo que se filtraba en los medios de comunicación propios, desmoralizando a los ciudadanos argentinos. En tal sentido, tras el análisis de cinco localidades/zonas en las que dividía la provincia según su relevancia para el conflicto (Gran Buenos Aires, La Plata, Mar del Plata, Bahía Blanca y resto de la provincia), el Director concluía sosteniendo el rol clave de la “acción psicológica” para ampliar o sostener el consenso a la guerra:

Se aprecia la necesidad de intensificar en el territorio provincial, las campañas de acción psicológicas, planificadas según las zonas, a través de sus más variadas facetas y orientadas a cambiar, sostener y crear imagen (adaptación de la verdad a su eventual destinatario).

Todo esto a fin de neutralizar la acción del oponente y apuntalar la conciencia nacional y el consenso de la población.

Dos cuestiones son claves de ese informe. Por un lado, la temprana sugerencia del Director de que era fundamental profundizar las campañas de “acción psicológica” sobre el conflicto, ya que el poco control de las noticias que se publicaban estaba impactando en la opinión pública interna hacia el desembarco. De hecho, si la “acción psicológica” durante todo el conflicto fue deficiente y estuvo plagada de errores e irregularidades, durante el mes de abril ello fue más evidente aun ya que el EMC elaboró el Plan de Comunicación Social “Recuperación de Malvinas” el 10 de abril, pero entre modificaciones y reestructuraciones por sugerencias de la Armada, recién fue implementado y emitido como “Esquema general de la Campaña de Acción Psicológica sobre Malvinas” el 20/21 de abril. Esto llevó a que a lo largo de abril la improvisación fuese la pauta, difundiendo información a los medios de comunicación solo mediante los comunicados de la Junta Militar. Como indica la CAERCAS, la decisión del EMC de informar solo mediante esas fuentes a medida de que evolucionaba el conflicto,

demuestra una subestimación del rol central de la “acción psicológica” para el público interno, ya que esos pocos y escuetos comunicados no cubrían la avidez de los medios de comunicación, y eso condujo a que muchos de ellos cubrieran los huecos con noticias del exterior, en el mejor de los casos, cuando no apelando a la propia imaginación de lo que pudo haber ocurrido (CAERCAS-Anexo, 1983:1803).<sup>6</sup> Para colmo, recién a partir del 29 de abril los medios dispusieron de normas que regulaban el control de la información del conflicto.<sup>7</sup>

Por otro lado, tan temprano como el 10 de abril la DIPPBA afirmaba que, según la población bonaerense, el gobierno de facto no podía retroceder en “la decisión adoptada”. Si cruzamos estos datos con los dos primeros sondeos de opinión realizados por el régimen (recibidos por la Junta Militar el 8 y 11 de abril), que afirmaba no solo “apoyo unánime” a la decisión del desembarco sino a la percepción de que las islas no debían ser devueltas “bajo ningún precio aun a costa de la guerra” (Yofre, 2011: 261, 286), la conclusión a la que parecía arribarse era la misma: si la dictadura quería sostener la nueva legitimidad, no había vuelta atrás en la toma de las islas. ¿Ello significaba que no se podía retroceder en la recuperación de la soberanía, en la presencia de las tropas argentinas, en el gobierno de las islas? En los informes no quedaba claro qué puntos estaban fuera de la mesa de negociaciones para la opinión pública bonaerense, pero sí se delineaba un panorama de inflexibilidad social que iba a contracorriente del plan original de la Junta. Si el plan de desembarco había consistido en ocupar las islas como medio de presión para obligar a Gran Bretaña a negociar, tras el amplísimo respaldo social, ¿cuál era el margen de maniobra que disponía la Junta Militar para negociar y evitar el estallido de la guerra? Según la información de inteligencia, ese margen era muy estrecho (como veremos, esta perspectiva se profundizó a lo largo del conflicto).

En la segunda mitad de abril, cuando aún no se habían producido enfrentamientos en las islas, se concentran la mayor cantidad de informes sobre la repercusión del conflicto

---

<sup>6</sup> La mayoría de la “acción psicológica” estuvo destinado a la opinión pública externa. Este descuido del impacto del conflicto en la propia sociedad argentina según el EMC se debió a que la Junta Militar afirmó que no quería controlar los medios propios (CAERCAS-Anexo, 1983:1802). Si bien esto no fue corroborado, de todas formas en ocasiones puntuales el EMC ejerció “acción psicológica” sobre el público interno, como durante el episodio de la toma de Georgias por las tropas británicas

<sup>7</sup> De todas formas, aun después de la difusión de las Pautas que los medios de comunicación debían acatar para resguardar la seguridad nacional, el problema de la filtración de la información proveniente del exterior continuó porque debido a las dificultades mencionadas (falta de recursos y personal, la urgencia y lo enorme de la tarea, etc.) las posibilidades de control de los medios quedaron limitadas a la buena voluntad del editor (CAERCAS-Anexo, 1983:1804). Además hay que tener presente que las Pautas solo consideraban censurar a las publicaciones que atentaran contra la seguridad nacional, pero nunca dispusieron controlar o moderar aquellos medios que fueran demasiado triunfalistas. Sobre las Pautas, ver: CAERCAS-Anexo, 1983:1803-1810.



en las distintas localidades de la provincia. Estos informes respondían a las directivas que analizamos previamente del 10 y 12 de abril que buscaban evaluar el impacto de la toma de las islas en clave de política interna, en la conflictividad de la sociedad bonaerense. En términos generales, todos los agentes coincidían con el informante de Tigre sobre el “golpe psicológico” que había significado el desembarco en el archipiélago a nivel interno:

Este hecho, anhelado por los argentinos por casi 150 años, produjo un efecto de “Amnesia temporal” en todo lo que se refiere a situaciones y problemas internos, desplazándolos a un segundo plano.

Es así que CGT y 62 Organizaciones suspendieron por tiempo indeterminado, los paros progresivos que tenían programados, luego de la manifestación del 30-3-82, ante los sucesos de la recuperación de las islas.

En el marco político la Multipartidaria –que ya había aclarado con anterioridad la necesidad de una convocatoria general para adelantar el proceso, debido a la situación económica- ha brindado pleno apoyo al gobierno, refiriéndose sus declaraciones a la recuperación de las islas casi con exclusividad.

En síntesis, todos los sectores que conforman el grueso de la opinión pública, han visto que hay un objetivo inicial y primordial, la SOBERANIA NACIONAL, que sobrepasa todos los factores de orden interno (16/04/982, T. 1, p.116. Mayúsculas en el original).

Sin embargo, inmediatamente después, cuando analizaba cada uno de los “factores”, el agente matizaba y complejizaba el panorama. En primer lugar, indicaba que para las organizaciones políticas (“no extremistas”) ese apoyo no significaba “el olvido definitivo de la situación interna”, sino que se hallaban en un “compás de espera” para ver como evolucionaban los acontecimientos. Además, proyectaba que aprovecharían la oportunidad para profundizar el diálogo con las FF.AA. de cara a acelerar el proceso “enfatisando que es deber de todos los argentinos aunar criterios, resolver, decidir y tomar medidas con relación a la situación de las islas en el atlántico sur” (16/04/1982, T.1, p.117). A su vez, contrastaba dicha actitud con el silencio de las organizaciones de izquierda y las “Bandas de Delincuentes Terroristas” (agrupadas en el “factor extremismo”), producto de que la noticia del desembarco los había sorprendido y descolocado (excepto por Política Obrera que había realizado una panfletada en oposición al conflicto).

En tal sentido, y en segundo lugar, el respiro que el régimen militar estaba gozando con el respaldo popular tras el desembarco, desde la perspectiva del agente, era transitorio.

Una vez resuelto el diferendo, los actores más contestatarios –por ejemplo, la CGT- volverían a sus medidas de protesta previa, en cambio las entidades de bien público, las sociedades de fomento, etc. –agrupadas en el “factor social”- y la opinión pública en general tendría una actitud más tolerante hacia el régimen. Ello no significaba que dejarían de lado sus reclamos por la normalización institucional, sino que los moderarían “apoyando el pedido de adelanto del proceso, pero en forma más diplomática y con el aporte de ideas concretas” (16/04/1982, T.1, p.119).

Al igual que su par de Tigre, todos los agentes de inteligencia diseminados en la provincia compartían esa misma percepción de que el amplísimo respaldo social al desembarco había opacado o dejado en segundo plano los conflictos internos, lo que demostraba –según el espía de Junín- que “la campaña de A.S. que lleva a cabo la conducción nacional por los medios masivos de comunicación social tiene un resultado positivo en todos los públicos, ya que su motivación hace que exista una buena receptividad, al centrarse totalmente la atención en el conflicto entre Argentina e Inglaterra” (20/04/1982, T.2, p.65). Sin embargo, todos los agentes coincidían que ello no implicaba que los cuestionamientos al gobierno hubiesen desaparecido:

Es evidente que el sentido patriótico que impera actualmente en la población y en los distintos sectores que actúan de alguna u otra forma sobre la misma, ha logrado la unión contra un enemigo potencial y externo a nuestro país. No obstante lo dicho, si bien los problemas internos han dejado de ser el comentario obligado, aún persiste íntimamente la voluntad y la confianza para su superación, lo que ocasiona naturalmente rumores y críticas al Proceso de Reorganización Nacional (Lanús, 19/04/982, T.2, p.60).

Asimismo, algunos de ellos, como el agente de Quilmes, calificaban que el apoyo dado por algunas organizaciones políticas no estaba basado en una adhesión sincera a la causa nacional, sino en la necesidad de estar “a tono” con la euforia nacional: “... los dirigentes políticos de diversos tintes identificados o no con el acto reivindicatorio que nos ocupa, se han visto en la necesidad de no dar la espalda al clamor popular, y apoyar decididamente el mismo”. Y advertían que buscarían un beneficio como contrapartida de su respaldo: “los dirigentes políticos entienden que en relación al grado de participación que les cupo en esta crítica situación, avalando lo actuado por las FF.AA., bien pueden considerarse participes legítimos en cuestiones estrictamente internas, y así seguramente tratarán de hacerlo notar una vez superado el actual momento” (19/04/1982, T.2, p.55).

Al mismo tiempo, los agentes consideraban que la legitimidad social producto del desembarco era provisoria, y que de solucionarse en forma pacífica el diferendo diplomático, las organizaciones políticas, gremiales y sociales volverían "... por sus reclamos de la misma forma que lo han hecho hasta el momento, y que de ninguna manera se olvidan la forma en que se reprimió y se les negó una solución a sus desesperados intentos de lograr vivir decorosamente" (Chascomús, 19/04/1982, T.1, p.21).

Solo que, según algunos espías, esos reclamos se moderarían -pero no se omitirían- producto de la nueva situación creada tras el desembarco. En tal sentido, sumándose a la concepción que percibía el nacimiento de una Nueva Argentina tras el 2 de abril – compartida por el régimen y otros actores políticos (Guber 2001; Lorenz, 2012)-, evaluaban que la unidad nacional surgida tras el desembarco conducía a una nueva relación entre la sociedad civil y el régimen, que podría habilitar tras el conflicto un diálogo más fructífero entre los sectores políticos y gremiales y las FF.AA. de cara a "tomar las medidas precisas para lograr objetivos que permitan al país, actualmente empobrecido y desmembrado por conflictos internos, surja de su estancamiento e inicie un camino de recuperación" (Morón, 19/04/1982, T.2, p.49). El agente de Junín, particularmente optimista, consideraba que el panorama abierto por Malvinas conduciría a los "grupos de presión" no solo a "dejar de lado los problemas", sino también a buscar un entendimiento con el régimen, el cual "fijaría las pautas" y recién después esos grupos decidirían sobre su futuro (20/04/1982, T.2, p.62).

Entonces, la información suministrada por la DIPPBA indicaba que la población bonaerense no había extendido un cheque en blanco a la dictadura, es decir, que la legitimidad recobrada por el gobierno estaba estrechamente condicionada por el desenlace del conflicto y que, de todas formas, ello no significaba la revitalización de un régimen que se percibía que estaba en su fase final. En otras palabras, desde la mirada de los agentes de la DIPPBA, en Malvinas las FF.AA. se estaban jugando su última carta, y de ella dependería cómo terminarían sus días en el gobierno, y con qué margen de negociación política, como se desprende de la siguiente cita:

CGT: Se presume que una vez "estabilizada" la situación conflictiva con Inglaterra, comenzará nuevamente a poner en vigencia su plan de acción.

Evidentemente la "forma" en llevarlo a cabo, dependerá del "modo" en que finalice el conflicto. Esto quiere decir que aunque los sectores gremiales agrupados en CGT hayan declarado que su accionar en el marco interno solamente se ha "demorado" voluntariamente ante los hechos que son de público

conocimiento; es evidente que tendrán que “amoldar” su política acorde se desenvuelvan los hechos. (Tigre, 16/04/1982, T.1, p.117)

La cuestión era que, para colmo, el régimen tenía las manos atadas en las negociaciones diplomáticas por el conflicto producto del proceso de efervescencia social y patriótica que el mismo había lanzado el 2 de abril. Como indicamos previamente, si quería prorrogar la legitimidad social lo más posible, según la información suministrada por la DIPPBA y los sondeos de opinión realizados por otros organismos de inteligencia –que el 23 de abril seguían registrando un clima “firme y unánime de la opinión pública de que las islas no deben ser devueltas bajo ningún precio, aun a costa de la guerra” y un “moderado predominio” de quienes pensaban que en las negociaciones “no se debe ceder nada” (Yofre, 2011:316-317)-, la Junta Militar no podía dar marcha atrás en la afirmación soberana de las islas, el punto nodal de negociación (y tal vez tampoco en la presencia de las tropas argentinas y en su gobierno). Para un régimen que se disponía a extender el “PRN” hasta las últimas consecuencias, no parecían quedar muchas alternativas más que una resolución diplomática extremadamente favorable para Argentina (muy improbable) o la guerra.

Incluso tras el comienzo de los enfrentamientos bélicos el 25 de abril en Georgias y el 1º de mayo en Malvinas, los agentes de la DIPPBA continuaban sosteniendo la misma mirada sobre la inflexibilidad de los habitantes de la provincia. Si bien disponemos de pocos informes del mes de mayo y ninguno de junio antes del cese del fuego, en todos ellos se sostiene que el respaldo social continuaba inalterable. Solo inmediatamente tras la toma británica de las islas Georgias, el agente de Mar del Plata afirmaba que la sociedad lo había vivido con “desaliento”, “rabia” y “lástima”, haciendo hincapié en que ello había llevado a cuestionar a las FF.AA. porque “no brindaron el apoyo que los efectivos necesitaban” para la defensa de las islas (30/04/1982, T.2, p.69).

Incluso, el agente deslizaba una crítica hacia el plan de “acción psicológica” por el poco control de la información que difundían los medios de comunicación, en los que se infiltraban noticias de agencias extranjeras que hablaban de la rendición y de toma de prisioneros (cuando, agregamos, las agencias nacionales sostenían la heroica lucha y resistencia que se estaba llevando a cabo allí<sup>8</sup>). En sus términos, para el “hombre común” que estaba atravesando “la inestabilidad económica, desocupación, aumento constante y veloz en los precios de la llamada canasta familiar, el poco poder adquisitivo y un futuro incierto de trabajo con un vivir decoroso” más el “miedo lógico” por la situación, “la difusión profusa y sin control que recibe por parte de los medios orales y

---

<sup>8</sup> Al respecto, ver: CAERCAS- Anexo, 1983.

escritos, lo desconcierta, confunde y sume en conjeturas negativas, que lo desgastan desfavorablemente...”. Sin embargo, acto seguido el agente afirmaba que la cantidad de muestras de adhesión y de acciones de solidaridad por parte de las más diversas entidades públicas y privadas de la localidad, demostraban un “unánime y total apoyo moral y material por parte de la población, que difícilmente vuelva a ocurrir” (30/04/1982, T.2, p.69).

Alrededor de 15 días después, cuando los bombardeos continuaban diariamente en las islas pero todavía no se habían producido batallas terrestres, el mismo agente proponía una explicación de ese amplísimo apoyo “hasta las últimas consecuencias”, que había llevado a la población marplatense a dejar de lado los reclamos anteriores al 2 de abril por “las carencias barriales, obras y servicios”, “aumentos en los impuestos, tasas, combustible, precio en las mercaderías de consumo primario, poco poder adquisitivo” o por el “aumento de sueldos y salarios”, y a acatar las pautas del régimen referentes a los oscurecimientos y consumo de energía (17/05/1982, T.3, p.5). Ese respaldo y esa euforia patriótica se debían, desde su perspectiva, a tres factores:

1-La acción psicológica, que ahora se destacaba por haber logrado “concientizar a fondo el sentir patriótico de la población en todos los niveles” debido a la “profusa y adecuada” información sobre las negociaciones diplomáticas y los acontecimientos en las islas.

2-La carencia de experiencia bélica de la sociedad argentina.

3-La localización del teatro de operaciones, que se encontraba en un terreno insular alejado del continente. Y, por ende, dejaba planteado el interrogante de cómo reaccionaría la sociedad en caso de que se produjera un ataque al continente.

Entonces, aun a mediados de mayo –cuando la guerra ya era una realidad-, los agentes de la DIPPBA destacaban no solo el respaldo popular al conflicto, sino que seguían insistiendo en que para la sociedad bonaerense no había posibilidad de dar marcha atrás. Aún más, el espía de San Justo indicaba que “el grueso de la población (principalmente el sexo masculino) cree que ya se ha agotado la vía diplomática y tendría que encararse a fondo la parte bélica”. Y advertía que ese belicismo (y también triunfalismo) de los ciudadanos argentinos se debía sobre todo a su falta de comprensión de las limitaciones tácticas y estratégicas para llevar adelante un conflicto en el Atlántico Sur, limitaciones que él explica con sorprendente precisión: “distancias a los buques enemigos que imposibilitan incursiones aéreas por autonomías de vuelo, inutilidad del fuego desde la costa, posibles inconvenientes diplomáticos ante la posibilidad de salir de la situación de agredidos, etc..” (17/05/1982, T.3, p.29).

Es suma, tanto el amplísimo apoyo de la población bonaerense, como su inflexibilidad y triunfalismo, fueron factores destacados por los agentes de inteligencia desde el comienzo del conflicto y hasta mediados de mayo (fecha de los últimos informes antes

de la rendición), aun cuando identificaron momentos de cierta incertidumbre y temor por las noticias que parecían acercar la posibilidad del estallido de una guerra (ya fuese a comienzos de abril, con las noticias de la partida de la flota inglesa y la resolución desfavorable de la ONU, o con el comienzo de los enfrentamientos en Georgias o de los bombardeos en Malvinas). Asimismo, para explicar dichas actitudes los agentes enfatizaron el rol nodal que cumplía la campaña de “acción psicológica” para ampliar y sostener el consenso y el fervor patriótico, así como señalaron cuestionamientos cuando fue necesario.

En efecto, si –desde la perspectiva de la DIPPBA y otros organismos de inteligencia- la sociedad bonaerense consideraba imposible dar marcha atrás en la afirmación soberana de las islas<sup>9</sup>, ese mismo belicismo y triunfalismo rigió el “Esquema para la Campaña de Acción Psicológica sobre Malvinas” aprobado a fines de abril, es decir después de los primeros informes de la DIPPBA y sondeos de opinión. Allí se incluía como objetivo particular: “Infundir en la población y público interno militar confianza en el triunfo final de la posición argentina, demostrando la debilidad estratégica de la flota inglesa y exaltando el poderío de sus Fuerzas Armadas.” Ese objetivo, que según la CAERCAS sintetizaba el “espíritu con el que se trabajó en el área de AP sobre los públicos internos”, “nunca debió incluirse puesto que es contrario a la finalidad misma de toda la operación: lograr la solución mediante la negociación” (CAERCAS-Anexo, 1983:1814- Subrayado en el original). Entonces, los responsables de la “acción psicológica” también parecieron quedar atrapados en ese mismo clima belicista y triunfalista que los servicios de inteligencia habían identificado en la opinión pública (¿o fueron condicionados por esta?) y que la Junta Militar había alimentado desde los inicios, con lo cual con sus acciones contribuyeron a profundizar la inflexibilidad y la

---

<sup>9</sup> Yofre (2011: 385-387, 469-471) no solo hace referencia a los sondeos de opinión, sino también menciona dos encuestas realizadas por el Instituto Gallup en Buenos Aires los días 15/16 de mayo y 13/14 de junio, que llegaron a manos del canciller Costa Méndez. Entre otras cuestiones, esas encuestas indagaban sobre la opinión pública respecto al conflicto, las negociaciones (si había que ceder o no, la disponibilidad a negociar de los dos países en conflicto, las posibilidades de llegar a un acuerdo, qué país sería el más beneficiado de concretarse una negociación), las gestiones de la diplomacia argentina, las acciones bélicas (qué FF.AA. triunfarían en el campo de batalla, la posibilidad de recurrir a la ayuda de otros países, etc.) la imagen de EE.UU. y el impacto del conflicto en el futuro político del país. En todos los casos, la información suministrada al régimen indicaba la confianza de la opinión pública bonaerense en que Argentina triunfaría ya fuese en las negociaciones o en el campo de batalla. Es interesante destacar, que a diferencia de lo indicado por la DIPPBA y en los sondeos de opinión, los resultados de la encuesta de mayo a la pregunta sobre la opinión en caso de dejar de lado la condición del reconocimiento de la soberanía como paso previo para sentarse a negociar son los siguientes: Muy de acuerdo: 6,89%, De acuerdo: 21,42%, Más o menos de acuerdo: 11,73%, Poco de acuerdo: 9,31%, En desacuerdo: 43,76%. Es decir, si bien hay una proporción mayor de quienes estarían en contra (53,07%, que es la suma de los que están en desacuerdo y poco de acuerdo) por sobre los que estarían a favor (40,04%, que es la suma de los que están muy de acuerdo, de acuerdo y más o menos de acuerdo), ello no da la pauta de la inflexibilidad que se indicaba en los otros registros.

percepción de que no quedaba otro camino más que la guerra, y en ese camino la victoria argentina era segura.<sup>10</sup>

### 3. Reflexiones finales

En términos generales, este estudio nos permite comprender la perspectiva sobre la relación de la sociedad y la guerra de Malvinas desde las entrañas mismas del régimen, desde uno de los servicios de inteligencia que fueron claves en la “comunidad informativa”. A lo largo del artículo analizamos la mirada de la DIPPBA sobre las actitudes sociales de los bonaerenses frente al conflicto del Atlántico Sur, haciendo hincapié tanto en los objetivos a relevar en la coyuntura particular abierta por el desembarco y durante el conflicto, como en sus interpretaciones sobre los comportamientos sociales en esos contextos.

Así, el análisis de las circulares demuestra la preocupación del régimen por relevar cómo impactaron esos acontecimientos en la política interna y, por ende, cómo condicionaban la continuidad del régimen, y qué panorama se abría para el futuro ya fuese de negociaciones o de guerra. Como indicamos, si los actores que se habían opuesto a la dictadura intentaban separar el conflicto de soberanía del gobierno de facto para explicar su apoyo, en el caso del régimen no cabían dudas al respecto: la toma de las islas era la última carta que se jugaba el “PRN” para recobrar la legitimidad perdida en el plano interno.

En sus informes sobre el impacto del conflicto en la opinión pública interna, los agentes otorgaron un rol nodal a la “acción psicológica” para explicar e interpretar los

---

<sup>10</sup> Las contradicciones entre el plan original de la Junta Militar, los propios discursos y comunicados del régimen y las acciones diplomáticas llevadas adelante fueron una constante. Al mismo tiempo que el régimen llevaba adelante negociaciones diplomáticas (en las que se hablaba de las 3 banderas en las islas –ONU, Argentina y Gran Bretaña-, o se supeditaba la decisión sobre la soberanía de las islas a futuras negociaciones, incluso se ponía en suspenso el gobierno de las mismas, se disponía el retiro inmediato de las tropas argentinas supeditado a que no avance la flota británica, etc.), el presidente de facto y los comunicados de la Junta Militar afirmaban ambiguamente que Argentina quería negociar pero que la soberanía no estaba en discusión, con un discurso que llevaba ribetes belicistas y triunfalistas. Por ende, la campaña de “acción psicológica” quedó atada a estas mismas contradicciones. Esto mismo se corrobora en la Directiva de Comunicación Social para el PELCOS (Principal Elemento de Comunicación Social) que realizó el EMC el 21 de abril. La directiva indicaba que la posición de mínima establecida como objetivo era: “1- Soberanía sobre el archipiélago, 2- Gobierno Argentino en las islas ocupadas, 3- No se negocia bajo coacción militar enemiga.” Como concluye lúcidamente la CAERCAS: “La posición de mínima sustentada anula cualquier posibilidad de adhesión a una negociación que pueda ser considerada lógica, habida cuenta que GB ya tenía desplegado un poder de combate que hablaba a las claras de no ceder a nuestra postura”. Por ende, afirma que “toda la AP realizada estuvo destinada a la preparación para la guerra y la definición militar del conflicto” (CAERCAS-Anexo, 1983:1816-1817). Sobre las negociaciones diplomáticas y las internas de la Junta Militar, ver: CAERCAS, 1983; Cardoso, Kirschbaum y Van Der Kooy, 2007; Yofre, 2011.

comportamientos sociales de los habitantes de la provincia de Buenos Aires, y por ende evaluaron la misma y propusieron modificaciones cuando lo consideraron necesario, sobre todo en aquellos momentos en los que la guerra pareció acercarse a pasos agigantados o se volvió una realidad. En tal sentido, el valor de los informes sobre la opinión pública de la DIPPBA es que fueron una de las formas - aparte de los sondeos de opinión y de las encuestas - mediante las que el régimen recabó información para luego diseñar las políticas de “acción psicológica” y de comunicación social.

Desde un comienzo, los agentes de la DIPPBA interpretaron que el respaldo al desembarco, y luego a la guerra, había sido masivo, identificando un belicismo y triunfalismo en la mayoría de los bonaerenses. Desde su perspectiva, ello se debía a una “acción psicológica” intensa y profusa, que sin embargo no dudaron en cuestionar desde el inicio del conflicto por sus irregularidades, ineficiencias y su falta de control (cuestiones que fueron corroboradas por la CAERCAS más de un año y medio después). No obstante, consideraron que ese respaldo no significaba otorgar un cheque en blanco a la dictadura por parte de los distintos actores sociales y políticos, sino que se trataba solo de un *impasse* pero no de un olvido de los reclamos (que a lo sumo se moderarían pero no silenciarían cuando el conflicto se resolviera).

Esas dos cuestiones identificadas por la DIPPBA durante la guerra – el masivo apoyo pero a la vez la inflexibilidad de los bonaerenses, y la mera tregua de los actores -, le demostraban a la Junta Militar los límites y contradicciones del plan inicial del desembarco, y cómo ello condicionaba su propio accionar. En otras palabras, de los informes de la central de inteligencia se desprende que la estrategia de la dictadura militar de desembarcar en las islas para recuperar la legitimidad se había vuelto contra la misma, como un *boomerang*, ya que condicionaba al régimen a no poder revertir la decisión o como mínimo respetar su plan original de “ocupar para negociar”.

En definitiva, el desmedido éxito de su estrategia dada la amplísima repercusión social –que consideraba que no había marcha atrás en la recuperación de las islas- sin una “acción psicológica” adecuada y coherente al plan original del desembarco, estrechó los márgenes de acción de la Junta Militar que se encontró entre la espada y la pared: o lograr una negociación diplomática excesivamente favorable para Argentina o ganar en los campos de batallas contra la segunda potencia de la OTAN; ambas igual de improbables.

#### **4. Bibliografía**

Carrizo, G. (2021), “Mantener latente un patriotismo que no puede morir”. Conmemoraciones, monumentos y usos del pasado en el sur



argentino, 1976 – 1983”, en: *Cuadernos de Historia. Serie economía y sociedad*, Núm. 26/27.

CAERCAS (1983), *Informe, Anexos y Declaraciones*. 17 Tomos. Disponible en: <http://www.casarosada.gov.ar/component/content/article/108-gobierno-informa/25773-informe-rattenbach>

Comisión Provincial por la Memoria (2015), “La inteligencia policial a través de sus documentos. Historia institucional de la DIPPBA”, recuperado de <https://www.comisionporlamemoria.org/project/historia-institucional-de-la-dippba/>

Divinzenso, A. (2016), “La transformación de las relaciones cívico-militares: la “Acción cívica” del Ejército (1960-1983)”, en: Águila, G., Garaño, S. y Scatizza P., *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia argentina reciente. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*, La Plata, UNLP.

Funes, P. (2004), “Medio siglo de represión. El Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires”, en: *Revista Puentes*, Año 4, Núm. 11.

Guber, R. (2004), *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Antropofagia.

Kahan, E. (2007), “Qué represión, qué memoria? El archivo de la represión de la DIPBA: problemas y perspectivas”, en: *Revista Question*, Vol. 1, Núm. 16.

Lorenz, F. (2012), *Las Guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa.

Lvovich, D. (2020), “Los que apoyaron. Reflexiones y nuevas evidencias sobre el apoyo difuso a la dictadura militar en su primera etapa”, en: *Anuario IEHS*, Vol. 35, Núm. 2.

Marengo, M. E. (2015), *Lo aparente como real : un análisis del sujeto comunista en la creación y consolidación del servicio de inteligencia de la policía de la Provincia de Buenos Aires 1930-1962*, Los Polvorines, La Plata y Posadas, Editorial de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Universidad Nacional de La Plata (FAHCE) y Universidad Nacional de Misiones.

Montero, M. L. (2016), "El rol de la comunidad informativa en la represión en Bahía Blanca (1975-1977): prácticas, acuerdos y disputas", en: Águila, G., Garaño, S. y Scatizza P., *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia argentina reciente. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*, La Plata, UNLP.

Muzzopappa, E. y Nazar, M. (2021), "Introducción al dossier: Los organismos de inteligencia en Argentina. Miradas desde los archivos a una burocracia secreta", en: *Aletheia*, Vol. 11, Núm. 22.

Risler, J. (2018), *La acción psicológica. Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones (1955-1981)*, CABA, Tinta Limón.

Risler, J. y Schenquer, L. (2019), "Guerra, diplomacia y producción de consenso: el plan de acción psicológica del Ejército argentino en el marco del conflicto con Chile por el Canal de Beagle (1981-1982)", en: *Revista Universitaria de Historia Militar* Vol. 8, Núm. 17.

Risler, J. y Schenquer, L. (2018), "La realización de sondeos y encuestas de opinión pública durante la gestión del General Viola en la última dictadura militar (1981)", en: *Sociohistórica*, Núm. 42.

Rodríguez, A. (2021), "Sociedad civil y guerra de Malvinas. Aportes a la agenda de estudios de las actitudes sociales frente al conflicto a partir del caso neuquino", en: *XI Jornadas de Historia Moderna y Contemporánea*, Universidad Nacional del Sur.

Sahade, J., Jaschek, I. y Lanteri, M. (2021), "Archivos de inteligencia: imaginarios, saberes, sentidos. La experiencia de la CPM a 20 años de la cesión del archivo de la DIPPBA", en: *Aletheia*, Vol. 11, Núm. 22.

Yofre, J. B. (2011), *1982. Los documentos secretos de la Guerra de Malvinas/Falklands y el derrumbe del Proceso*, Buenos Aires, Sudamericana.

Zapata, A. B. (2018), "Acción cívica y prensa en la última dictadura. 'Operativos Solidaridad' y la búsqueda de consenso en Bahía Blanca", en: *Question*, Vol. 1, Núm. 58.